

El médico y la profesóra

Azhár y Daúd no tuviéron múcho tiémpo de reflexionár sóbre su decisión de partír ya que los preparatívos del viáje los había mantenído muy ocupádos.

Péro cuando ya estában sóbre los caméllos y tódas las preocupaciónes se habían quedádo atrás y por delante sólo estába el lárگو camíno hásta llegar a Európa, o séa cuando estuviéron en ése púnto especiál, ése, lo suficiénte cerca de su hogar, péro a tánta distáncia que si a pesar de haber olvidádo algo, ya fuése imposible o no justificáble el volvér: pués ya sólo quedába el pensár sóbre lo que íba a venir. Péro fué en ése moménto cuando sorprendénte lo que dejáron atrás volvió a cobrar importáncia.

Habían rechazádo la invitación de úna mujér admiráble, que les había ofrecído la oportunidad única de desarrollár su profesión de úna manéra tan diferente a lo que habían hécho hásta ése moménto. Ésto hacía que lo de ir hásta Európa, su sueño dorádo, con cáda etápa cabalgádo sóbre sus caméllos palideciése, y que ahóra, parecía ya úna empresa fálda de interés.

La priméra manéra de luchár cóntro ésa mála sensación éra la de culpár a Nára de haberles estropeádo su tan ansiádo y luchádo viáje

proponiéndoles una idea tan humana, que les creó un doloroso cargo de conciencia. Si hubiese sido una oferta comercial o económica les hubiese sido muy fácil el reusarla sin ningún remordimiento.

Pero aquí no era ese el caso, Nara les había ofrecido todo lo que ella poseía para que ayudaran, y no a ella, sino a otras personas con unas necesidades impresionantes.

En su descargo, había que reconocer que Nara les había pedido demasiado, ir a un sitio lleno de leprosos, permanecer allí, y trabajar en condiciones muy difíciles.

Realmente lo más importante que ella les había pedido era su permanencia en la isla, ya que así, ellos serían los primeros que voluntariamente fuesen allí sin ser leprosos, y además con el ánimo de ayudar. Este gran y sublime acto, sería con su ayuda médica, un enorme gesto moral para los leprosos, y un gran toque de atención al resto de la población al enterarse de esa meritoria y valerosa obra.

A cambio les había ofrecido un nuevo y extraño mundo, un oasis en el mar, (como ella lo llamaba), en donde para fertilizarlo sólo se necesitaba un poco de amor.

Los oficios que ellos dos tenían, iba como anillo al dedo para las necesidades de la isla.

Pero lo habían rechazado.

* * *

Muchos días de andar por el desierto, les dió también la oportunidad de hablar y con tranquilidad examinar la parte positiva del ofrecimiento.

Azhár, pensó que podría aplicar sin límites las ideas educacionales que tenía para mejorar la enseñanza y que tan difícil le había sido implantar en su ciudad: regida por hombres y religiosos. El reto de enseñar a los niños y a los mayores, no lo necesario para la vida en una ciudad, sino lo básico para sobrevivir en una isla tan limitada. Y tal vez prepararlos para si se lograba y lo deseaban, poderla abandonar, sabiendo con qué se enfrentarían en el continente y cómo combatirlo.

¿Cómo compaginaría la educación de niños, niñas y adultos? Nara ya le había explicado algunas de las dificultades que ella tuvo pero que logró en algunos casos resolver.

¿Cómo tratar a los niños sin padres y cómo educar a los padres sin brazos?

* * *

Daúd lo tenía más complicádo, a diferencia de su esposa que trabajaría mayoritariamente con niños no enfermos y con posible futuro, él tendría como máximo éxito, el ver morir a los leprosos con el menor sufrimiento.

Sabía que no podría curarlos, pero creía que podría enseñarles las ventajas de una buena higiene, correcta alimentación y buenas prácticas sexuales que reducirían la posibilidad de contagio entre los leprosos y la juventud no contaminada a la que no se le permitía salir de la isla. Y tal vez lograr reducir el nivel de sufrimiento físico y moral de su enfermedad.

Su deseo más ardiente sería probar que después de estas mejoras, los leprosos no eran tan contagiosos y así conseguir que se les permitiera salir, y poder demostrar al continente que si bien la repulsión sería difícil de evitar, nada justificaba el maltratarlos.

* * *

Si lograban allí algún resultado positivo en esa isla de la vergüenza, así llamada cuando alguien se dignaba a hablar de ella, podrían tal vez conseguir del Sultán, quien se había mostrado interesado en mejorar el estado médico y educacional del país, alguna ayuda extra necesaria en la isla, aunque

fuése algo religioso como una mezquita, o algo más humano, como la policía o seguridad para los casos más extremos de violencia, que afortunadamente se habían ido reduciendo. Tal vez un pequeño puerto desde el que se pudiese comerciar, adaptado al asco que producía la isla (o sea lograr separar a los que venían a descargar o cargar) de la población isleña. Servicios veterinarios para los animales que se podrían introducir. Medicinas o drogas paliativas para los casos terminales o más dolorosos. Y sí, ya sería mucho pedir, pero los materiales para una pequeña escuela y un hospital llevarían humanidad a la isla.

Lo más difícil sería el atraer personas, pero él, como médico, ya había recibido la información y casi la seguridad de que la enfermedad era poco contagiosa. Que cuidando y medicando a los enfermos y manteniendo una buena higiene, buena alimentación y si era posible poco contacto físico, la posibilidad de contagio era mínima. Si ellos dos permanecían allí años, podría ser la prueba final de todo ello. Ya el hecho de que los niños con tantos años viviendo en la isla no se contagiásen, casi era una prueba concluyente de ello. Y una buena pág también sería una buena ayuda para convencer al que estaba dudando en venir.

* * *

Buén hombre, de éstos dos caminos que indican el puerto, cuál de los dos es el mejor a seguir.

—Créo que el mejor puerto está a vuestras espaldas, muy lejos de aquí.

Y el buén hombre desapareció.

* * *

El ver llegar una embarcación muy diferente a la habitual, creó en la isla un increíble interés ya que, no sólo no era una barca de los comerciantes-trafficantes, sino que se acercaba y embarrancaba en la playa a propósito.

No podía ser tampoco un barco de pescadores o de los tantos navegantes que transportaban frutas o especias que pasaban por allí, y que a veces, además de por curiosidad, se acercaban a distancia de hablar con los que estaban en la playa y ofrecerse a llevar al continente algún mensaje importante, pero que nunca llegaban a tocar tierra.

Tal vez, pensaron, sería un barco extranjero, que no sabía en dónde se había metido, que se había extraviado o que tenían problemas y que habían decidido llevarlo a tierra para repararlo, comprar alimentos o buscar información.

Al ponér pié a tiérra un hómbré y úna mujér, confirmó, por su aspécto muy saludáble, lo que éellos ya habían descartádo, de que se tratáse de leprósos que venían a la ísla.

Su sorprésa, alegría y júbilo llegó al máximo, cuando, la mujér (sin tenérles miédo) les díjo que venían de párté de Nára a trabajár en la ísla, élla como profesóra y él como médico. Y que traían en el bárco, múchos objétos pára hacér la vída más fácil en la ísla.

Éellos no la habían olvidádo y élla tampóco.

* * *

A pesár de éste buén comiénzo, los inícios de la paréja no fuéron muy fáciles, después de úna ámplia aceptación al ver que éran enviádos por Nára, y que traían cási tódo lo que necesitában, y que Azhár y Daúd éran en realidad lo tan necesitádo, pués el probléma éra que símplemente y duránte múcho tiémpo tuviéron que hacér frénte al efécto Nára, o séa que tódo lo que hacían se comparába (en voz álta o tácitamente) con lo que Nára había hécho o cómo se había comportádo e integrádo.

Un ejémplo: los pócos comentários de si éntre las funciones de Azhár, éstaban las que túvo Nára

en sus inicios no agradaron a la mayoría de la población ni mucho menos a Daúd, si bien la cosa se resolvió muy bien al ser Azhár misma (ya bien informada y preparada por Nára) la que se lo tomó muy divertidamente, haciendo algunos comentarios picantes que agradaron y dejaron zanjado el tema.

El que la tripulación del barco (seis personas, menos los dos que se quedarían, o sea cuatro) que había traído: cuatro vacas y un toro, cabras, ovejas, corderos, muchos árboles frutales y cantidades de semillas, diversas telas y utensilios para las casas, estuviesen dispuestos a partir y regresar con más productos (sin usar a los mercaderes) dependiendo de las necesidades de la isla, creó un ambiente de libertad y mejora económica como nunca la habían sentido.

Lamentablemente, este viaje sólo se repitió dos veces más, el barco fue atacado a su regreso por unos piratas, cuando en realidad no había nada que robar. Los cuatro tripulantes fueron degollados y la barca hundida en el mar. No hacía falta saber quién había encargado ese acto, al ver aparecer el barco de los mercaderes unos días después del hundimiento, por si «deseaban» reiniciar las relaciones comerciales lamentablemente interrumpidas durante tanto tiempo.

Péro al fin a ésos mercadéres la cósa les salió cára, el Sultán ya no púdo permitír que algo así se realizára impúnemente. El camelléro que como vémos es úna persóna muy poderósa y con muy buénos contáctos y los familiáres de Azhár y Daúd se habían quejádo al Sultán, el comércio éntre la ísla y el continénte se reanúdo muy prónto, múcho más líbre y económicamente más rentáble, con los comerciántes en la cárcel.

Póco a póco la situación fué mejorándo, élla, sin grándes conocimiéntos de la agricultúra, péro con la ayúda de los que Haméd había enseñádo, lográban hacér crecer múchos de los productos fréscos tan necesários pára la buena salud, un tráficó regulár del bárco éntre la ísla y el continénte, traía los productos que éellos no podían criár o cultivár. La ayúda de las pérlas y piédras preciósas éra todavía necesária pára equilibrár, péro ya no tánto como ántes. Y cáda pérla, sin el cóste de los mercadéres dába pára múcho más.

La situación de los leprósos, había mejorádo, algúnos en sus etápas iniciáles hásta se habían curádo, péro muy pócos. Daúd comentába que en algúnos cásos creía que en realidad, ésos que sanában, no éra lépra lo que tenían, y que dedicaría páрте de su vída en poder diagnosticár la

enfermedad correctamente ya que ese error era inhumano y al final mortal.

Medicinas, limpieza, buena higiene, mejor alimentación, y la guinda: una mejor vestimenta, y algún sistema estético para ocultar, o disimular un poco la situación ayudó muchísimo.

* * *

Pero lo que hizo cambiar todo a un nivel inesperado, fue que un día apareció un barco con una serie de personas que se acercaban a la isla para visitarla y a verlos. Venían a pasar el día, ver lo que hacían los enfermos, su agricultura y ganadería, la búsqueda de perlas, la enseñanza, y escuchar viejas historias. Al irse dejaron dinero y diversos objetos, no todos en realidad necesarios o apropiados, pero se agradeció la intención.

Este primer grupo, estaba claro, que sabían lo que iban a encontrar, ya que «aguantaron» bastante bien las situaciones más desagradables, casi la mayoría provenía de un ambiente médico que los había preparado para lo que iban a ver.

Debido al éxito e interés de la visita, otros grupos de «visitantes» de cuando en cuando se presentaban, pero estas situaciones eran ya de los más dispares, desde los que ni descendían del

bárcos, a los que se desmayában al ver lo peóres cásos de lépra y hásta los que lo pasában «bién».

Úno de éstos grúpos al llegar preguntó por el «lepróso ermitáño», el priméro que llegó a la ísla y que vivía úna vída de pléna meditaci3n en lo más profúndo de la ísla. Se les explicó que no, que éso no éra ciérto y que si bién había vários habitántes muy dispérsos por la ísla, que se tenía contácto con tódos éellos y que habitualmente se acercában al «puéblo» y que curiósamente nádie vivía en el céntro de la ísla. El siguiénte grúpo que vino, habiéndo escuchádo a los priméros, insistió sóbre el téma, y además añadiéron, que ¿por qué tratábamos de ocultárllo? La cósa se tomó en el puéblo con muy buén humór, ya que ése personáje núnca había existído, ni se entendía como se había creádo ésa história. Así es que se preparáron y al siguiénte grúpo que vino, se le confirmó que, lamentában informárles que sí, que existía y que vivía bastánte apartádo de tódos péro que no se sabía dónde.

Que si querían podían organizár un recorrido por el céntro de la ísla e intentár con tódo éellos el encontrárllo y en ése cáso prestarle auxilió si lo necesitába. Algún grúpo aceptó la proposici3n, y después de únos recorridos agotadóres péro preci3sos, ilustratívos de la flóra y fáuna de la ísla,

visitando cuévas, acantilados y otros posibles escondites, nunca se le encontró, aumentando así su fama. En cada viaje se añadía algo al relato, en uno se llegó a saber que él se llamaba Píro. En otro, se encontraron restos de un fuego con prisa apagado y una viejas mantas abandonadas con precipitación al acercarse los visitantes, lo que probaba su existencia, en el siguiente uno de los guías con gran vergüenza aceptó que en épocas de sequía o de tormentas, se sabía que el ermitaño se acercaba al pueblo a robar agua y algo de comida.

Los guías del pueblo cuando vuelven del recorrido no dejan de contar los incidentes para el placer de los escuchantes. Una vez los visitantes han partido... claro. Pero lo de las brasas sí era cierto y no se sabía quién había encendido y apagado el fuego ya que en verdad, ¡Nadie vivía en el centro de la isla!

* * *

En una reunión que se hizo, para ver si se debían permitir estas visitas, algunas veces muy complicadas, se presentaron las diferentes situaciones que ese hecho producía. Lo peor era la tremenda humillación que algunos de los residentes sufrían al toparse con los forasteros.

Comentába un anciáno, que úno de los visitántes había comenzádo a vomitár delánte de él al vérlo. A pesár de habér ahóra buena péscá, cárne y frúta en la ísla, traían su comída y bebída. Los salúdos, contáctos físícos o conversaciónes cercánas... siémpre muy escásas.

A pesár de tódo élló, la decisión fué la de aceptár su visíta. No por los regálos o págos que traían, que tódo ayudába, síno porque aun sin querérlo ésos visitántes traían humanidád a la ísla, póco a póco se integrában un póco más, algúnos grúpos ya comían algo de los prodúctos de la ísla. Ótros hásta hacían amistád y volvían individuálmente por el interés que algúna cósa de la ísla les había despertádo, normálmente la péscá de pérlas y la agricultúra. Al volvér al continénte hablában de éllos y si bién la visíta la presentában como úna experiéncia muy dúra, quedába cláro que se podía vivír éntre éllos o al ménos no éran el infiérno como ántes se les presentába. Y muy importánte, éstos visitántes éran los que traían y llevában correspondéncia, avísos y realizában pequéños servíciós personáles.

Los leprósos comprendiéron que: si bién su apariéncia que en algúnos cásos éra verdaderámente horriblé, el recházo éra cáda vez menór, al conocérlos mejór. Désde cuando

llegában a la ísla hásta cuando salían, la comprensión, relación y entendimiénto mejorában.

Y éso éra lo que tóda la ísla quería.

Daúd y Azhár, estában muy conténtos... especialmente después que el Sultán había informádo que vendría a visitárlos y a pasár un par de días con éellos. Quería enterárse de la situación, y en lo posible ayudár en sus condiciones de vída. Le acompañarían, educadóres, médicos, agricultóres y ótros técnicos que pudiésen aportár idéas, y al mismo tiémpo ver cómo se habían organizádo en la ísla, pára aprendér de éellos y aplicárlo en ótros lugáres con elevádos nivéles de leprosidád en su réino.

* * *